



CB-2780

FISKE





CAPÍTULO IX

# LOS TIEMPOS DEL MAR INTERIOR

RICARDO ÁLVAREZ Y FRANCISCO THER









El “mar interior” de Chiloé es un gran espacio poblado de islas y costas continentales que se inicia a orillas del seno de Reloncaví y concluye en el golfo Corcovado. No se trata solo de un conjunto de islas o un mar encerrado o protegido, como evoca su carácter interior, sino más bien de un maritorio<sup>1</sup> con una biografía colectiva que ha depositado sobre sus costas una estratigrafía marcada por transformaciones humanas.

Desde sus inicios culturales hasta el presente, se advierten al menos tres relatos sobre el tiempo de su ocupación. Una primera época precolombina, compleja y diversa, que instaló una generosa capa de sitios arqueológicos que forman sus costas y espacios habitados. Este primer tiempo refiere a interrelaciones intensas en los canales australes, la cordillera y pampas trasandinas, y las costas litorales del centro sur de Chile.<sup>2</sup> En aquella época el mar interior fue refugio y corredor hacia diferentes derroteros, transformándose en un archipiélago conectado hacia otros territorios. Lo que actualmente podríamos considerar como obstáculos naturales, la cordillera y los canales australes, eran oportunidades y vías de acceso hacia otros grupos humanos y recursos.

Esta situación se vio interrumpida tras la Conquista y la Colonia, tiempo en el que los habitantes de estos parajes experimentaron un sentimiento de aislamiento geográfico que fue compartido a la Corona mediante cartas y ruegos en los que con frecuencia aludían al abandono.<sup>3</sup> Es así como, a diferencia de la época precolombina previa, se instala en el imaginario de los chilotes un archipiélago aislado, lo que impulsa un fuerte proceso de mestizaje interior.

<< Vista desde el puerto Quellón, localizado al sur de Chiloé.  
En el horizonte se aprecia el volcán Corcovado.  
Fotografía: Claudio Almarza.

< Desembocadura del lago Cucao en la playa y poblado de Cucao.  
Fotografía: Guy Wenborne.



A pesar de ello, se siguió viajando por los canales o hacia la cordillera, esta vez en busca de ciudades fantásticas y tesoros ocultos, pero bajo una dinámica de intramuros. Es significativa la carta, a propósito de ello, escrita por el Cabildo de Castro al rey en 1721: “[...] peces y mariscos los puso Dios, compadecido de nuestras pobreza y desdichas, en estas playas, sin lo cual no pudiéramos mantenernos”.<sup>4</sup> La pobreza, como concepción de carencia, fue advertida por los nuevos habitantes al observar que la geografía que los cobijaba los mantenía lejos de las oportunidades imaginarias y reales que brindaba el resto del continente. Pero, al mismo tiempo, visualizaron que el borde mar les entregaba abundantes alimentos, a tal punto que podían dejar que los peces quedasen atrapados con un mínimo esfuerzo al utilizar corrales de pesca.

Para las poblaciones de pueblos originarios el mar interior siempre fue pródigo, y más aún, el propio mar —o la mar, bajo condición femenina— era una fuente con propiedades humanas que afectaba, positiva o negativamente, a quienes vivían en tierra, dependiendo de cómo se comportasen entre sí y con los no-humanos (especies biológicas, elementos naturales como montañas, ríos, etc.). Es cuando se advierten diferencias significativas entre dos cosmogonías que, si bien mestizadas en gran parte de la población, buscaban diferenciarse principalmente en sus manifestaciones rituales. Una, se desplegaba en la ceremonialidad cristiana en torno a las capillas, mientras la otra se replicaba más íntimamente junto al mar por medio, por ejemplo, de rogativas marinas en las que se siembra el mar con productos hortícolas, o mediante el

^ Vista del muelle antiguo de la isla de Quehui. Las rampas, llamadas localmente “ramplas”, son puntos neurálgicos en la conectividad de pueblos insulares.  
Fotografía: Jorge Marín.

> Al igual que las aves zancudas, como los zarapitos, los habitantes de Chiloé siguen escarbando en el intermareal en busca de alimento. Se trata de una actividad de mínimo impacto, pero en proceso de abandono debido a los efectos adversos que han tenido otros usos humanos en el borde costero, afectando el ecosistema insular.  
Fotografía: Fernando Maldonado.







desaparecido rito del Treputo, que facilitaba la pesca ahumando plantas aromáticas y enterrando objetos en la playa para favorecer la pesca. La cosmovisión cristiana remarcaba la diferencia entre el hombre y la naturaleza y subrayaba los derechos concedidos por Dios para explotarla. La cosmovisión de los pueblos originarios manifestaba la naturaleza en una dinámica dialógica, sujeta a humanos y no-humanos, como se explicita, por ejemplo, en los mitos de origen, en los que los seres humanos eran a veces animales, montañas, o derechamente humanos, dependiendo de las circunstancias. O en la convicción de que un río, una cascada o un roquerío son aún espacios en los que habita un espíritu tutelar. Así, la relación de las poblaciones con la naturaleza estaba siempre ritualmente mediada, pues se accedía a un mundo emparentado en igualdad de derechos.

El aislamiento que afectó a los habitantes de Chiloé durante la Conquista y la Colonia generó formas de percibir el mundo en las cuales la herencia hispana cobró más bien un carácter externo,

mientras por dentro se manifestaban modos de ser que se sustentaban principalmente en una herencia huilliche. Esto es, con una significativa orientación no-occidental, condicionada por normativas y creencias consuetudinarias que se transmitían oralmente de familia en familia, de isla a isla, y desde el archipiélago a la Patagonia.

A partir del siglo XVIII se inició la conformación de poblados en la mitad norte del mar interior de Chiloé, proceso que duraría hasta bien entrado el siglo XX, cuando las costas cordilleranas mostraban abundantes predios abiertos y existían relaciones cotidianas significativamente complejas en el interior de las islas, entre islas, y entre islas y cordillera: los tiempos de los corderos coincidían con la navegación de goletas provenientes de Hualaihué cargadas de tejuelas de alerce para intercambio. Lo mismo ocurría con las manzanas y la chicha de verano, las que eran transferidas a la cordillera, que a su vez proveía de carne de vacuno a las islas. Este carácter archipelágico, centrado en







la conectividad marítima y en los ritmos que ella implicaba, se mantuvo hasta finales del siglo XX, cuando tras el terremoto de 1960 se inició un proceso de conectividad terrestre que rompió los esquemas de movilidad marítima. Con estos cambios se inicia la historia reciente del mar interior de Chiloé.

Fue muy importante la movilidad y migratoriedad de las poblaciones insulares durante todo el siglo XIX y primera mitad del XX hacia la Patagonia por el sur, pampas argentinas por el este, y lagos, valles agrícolas e incluso salitreras por el norte. Sin embargo, se advierte una insistente lejanía con el Estado y el país, lo que permitió conservar muchos elementos culturales de largo arraigo. Esto incluía mecanismos para regular el acceso y uso compartido de los espacios marítimos y terrestres, desde los cuales se obtenían los alimentos y las materias primas necesarias para el habitar familiar y colectivo. También incluía cosmovisiones mestizas en las que se imbricaban creencias y ritualidades provenientes de ambos mundos. Entonces ocurrían fenómenos

< Conjunto de islotes habitados en isla Mechuque. Algunos de ellos se conectan con marea baja, mientras que otros requieren el uso de embarcaciones menores. Al fondo, en el horizonte cordillerano, se aprecia el imponente monte Vilcún, en las cercanías de Chaitén. Fotografía: Jorge Marín.

> Cuelgas de mariscos ahumados en Achao. Fotografía: Pablo Maldonado.



cotidianos que posteriormente marcaron un antes y un después en la manera de acceder al mar; por ejemplo, el tabú que impedía mariscar utilizando herramientas metálicas o mariscar con botas. No solo por el daño que ello causaba a los mariscos más pequeños (a diferencia de la mano o artilugio de madera selectivo), sino porque se ofendía a la mar y a los espíritus que la habitaban, como la *pincoya*, *ngen* o espíritu tutelar antiguo que finalmente fue incorporado en la sociedad chilota mestiza. O cuando se enterraban en el intermareal plantas aromáticas y obsequios frente a un corral de pesca, con el fin de demostrar generosidad a un medio que retribuiría dicho gesto a los humanos.

Pero el arribo de caminos de tierra hacia las costas trajo consigo una velocidad en el habitar que no coincidía, y más bien tensionaba, lo contenido por tanto tiempo. Muchas capillas giraron sus torres para recibir la modernidad, y en lugar de seguir mirando hacia la rampla o muelle original, se reorientaron hacia una ruta que poco a poco acercaba a sus

▼ Palafitos en Castro.  
Fotografía: Norberto Seebach.





habitantes a un imaginario poblado de oportunidades antes inasequibles. Muchos recorridos náuticos fueron modificados para acercar a sus portadores hacia los paraderos más cercanos, pues el transporte terrestre ofrecía reducir los tiempos de comunicación. La vida de los poblados hizo lo mismo y sus habitantes también.

El siglo XX marcó un cambio considerable en la vida de Chiloé. Junto con las transformaciones en la conectividad, arribaron nuevos procedimientos para pescar y mariscar, fuertemente asociados a la extracción para la exportación y normados por un Estado que se hizo efectivo *—in situ—*, cambiando las relaciones entre humanos, y entre humanos y no-humanos. Desde

los años ochenta del siglo pasado, la vorágine incluyó la constitución de nuevos asentamientos costeros basados en la fiebre de la merluza, fiebre del loco, fiebre del pelillo, entre otras. Estas nuevas aglomeraciones poco a poco comenzaron a ser urbanizadas dándose paso al tiempo cronológico o moderno. De hecho, los propios caminos y carreteras iniciaron un nuevo paisaje de urbanización bajo una lógica y diseño de vida continental, con la densificación de casas y equipamiento en los márgenes de las vías urbanas y rurales.

En islas aún apartadas, como las Desertores o las Butachauques, la fusión de los tiempos configura diferencias intergeneracionales muy







marcadas, junto al acrecentamiento de procesos de migración desde lo rural-insular hacia la periferia de ciudades. El fichaje social<sup>5</sup> produjo como efecto adverso el siguiente fenómeno: en la medida que los habitantes evidenciaban carencias, el Estado los premiaba con beneficios sociales. Esto hizo que se invisibilizaran los recursos propios, guardados en las memorias isleñas. Ello se debe a varios factores: por un lado, a que el modo de construir estas focalizaciones privilegia precisamente la carencia pero no reconoce los recursos propios, por tanto no facilita su visibilización. En respuesta a ello, surge el “no tengo” que espera un beneficio por ello. Pero visibilizar recursos propios también implicaba que el puntaje con que eran medidos aumentaría, con la consecuente pérdida de beneficios.

El tiempo actual, la época en la que hoy vivimos, demuestra la permanencia de algunas prácticas consuetudinarias solo en islas donde la conectividad marítima es exclusiva. Por el contrario, las zonas afectas al acercamiento de caminos demuestran un acelerado proceso de homogenización. Las cotidianidades —que antes caracterizaban este entorno insular— se

rearticularon con la globalidad bajo nuevas condiciones: mediante artesanías, atractivos turísticos o como rasgos arquitectónicos *boutique* (como los nuevos barrios de palafitos en Castro) que buscan acomodarse en espacios urbanos donde también surgen centros comerciales y barrios industriales. La mayor parte de sus habitantes se ha instalado en expansiones urbanas que comienzan a ser similares a cualquier lugar de Chile. Los recursos naturales, antes generosos, considerados bajo cosmovisiones mestizas que transferían los mismos derechos que protegían a los humanos y los no-humanos, hoy se exportan y huyen rápidamente para satisfacer las necesidades alimenticias de millones de personas que viven en otras latitudes. Esto implica que este tercer momento de la biografía del mar interior de Chiloé es apertura al resto del planeta, pero esta vez sin el manejo local que demostraron los dos tiempos previos.

A pesar de ser un panorama poco alentador, hay signos de resiliencia territorial. Hoy en día vemos cómo muchas organizaciones de pueblos originarios vuelven a plantear un posicionamiento cultural e identitario que había



< La arquitectura chilota ha tenido múltiples facetas en el tiempo. La tejuela, traída desde la cordillera de los Andes, formaba parte de ejercicios de intercambio y movilidad en sentido este y oeste, norte y sur, dinamizando los asentamientos insulares de este archipiélago. Fotografía: Jorge Marín.

✓ *Tenaún*. Óleo sobre tela de Thomas Daskam.

>> La ciudad de Castro data de 1567. A pesar de su antigüedad, no hay rasgos en su fisonomía que rememoren este hecho. Ello se debe a que, como ciudad, ha estado constantemente en proceso de renovación, despreocupándose de su patrimonialidad. Fotografía: Nicolás Piwonka.

quedado relegado tras la incorporación a inicios del siglo XIX de Chiloé a la República de Chile. Muchas caletas de pescadores incorporan en sus prácticas territoriales el cultivo en el mar junto a sistemas tradicionales de manejo.<sup>6</sup> La visibilización de estas experiencias, aun siendo esporádicas y aisladas, permite entrever las complejidades isleñas con el fin de ser consideradas en la futura toma de decisiones. Esto implica reinstalar, visibilizar y valorizar una rica y dinámica red de relaciones de memorias e imaginarios que fue afectada, pero que está volviendo a reanimarse con la pertinente promesa de seguir siendo unidades temporo-espaciales únicas. Siendo el pasado algo más que una simple repetición,<sup>7</sup> el mar interior de Chiloé sigue, entonces, permitiendo navegar imaginariamente por estos distintos tiempos.













# Recuerdos LA PESCA



“Nosotros salíamos cuatro pescadores y un bote de siete metros. Nuestra pesca era muy sufrida. La juventud de ahora anda muy engreída, si no andan en lancha a motor no salen, si no andan con botas de goma y con traje de agua no se van a la pesca. Nosotros pescábamos en la isla de Quincha, Mechuque, Chauque Grande, las islas Deceptoras [Desertores], pero la mayoría de nuestra pesca era en la cordillera grande de Chiloé, como ser Pomalín, Chona, Chaitén, Palena. Yo anduve hasta [el golfo de] Corcovado. Ahí sí que era malo y nuestras pilchitas tan solo eran nuestra lanita vieja y un ponchito viejo, un pantalón que se le nombraba *codi fiiñe forra*, era de pura lana, no usábamos botas, andábamos a pata pelada.

Cuando empezábamos la pesca, en la cordillera, íbamos con un bote de siete metros y una lancha de diez metros, lancha velera. Como éramos cuatro pescadores, uno era patrón de pesca, uno botador, uno bombero y el otro provero. El bombero tenía que salir con un alar a tierra en noches oscuras en peñascales. En otras partes le tocaban playas viejas donde tenía que andar de la cintura del agua y, como le decía, a pata pelada. Ante mucho uno ha durado.

Me tocó muchas veces andar a tierra. Había algunas veces que tenía miedo de andar solo en tierras, pero era necesario andar a tierra porque así era la pesca antiguamente. Ahora no, pescan con cuatro redes. Cada red es de

< Puerto muelle de Ancud.  
Fotografías: Nicolás Piwonka.

> Mariscador en Lechagua.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.









cincuenta metros y nadie anda a tierra como antes, y veo que la juventud de ahora es más delicada que nosotros, yo con mis 102 años una sola vez he estado en el hospital. [...]

[Las redes] eran de un material que se llama lino o linaza, ese lino lo dejaban remojando en la noche, al otro día lo sacaban del agua y lo afirmaban en una tabla y lo golpeaban con una tosca para machacarlo, para que se muela bien. De ahí salían unas hebras café y se hilaban con un huso para que quedara del grueso del hilo de coser, se torcía bien y se tejía la red.

No era como las redes de hoy día, porque además las redes antiguas eran de una sola manta o paño, como quieran nombrarlo, las redes de hoy son de tres mantos, una con malla grande y otros malla chica y son de cuarenta y cinco a cincuenta metros y de puro nailon. [...]

[Yo tenía] una sola redecita porque eran muy escasas, el que alcanzaba a tener una red le llamaban millonario. Cuál sería la escasez que el que tenía una red, los que buscaban pesca, para que los llevaran, tenían que darle un día de trabajo al dueño de la red. Ahora no, todos tienen su red.

Don Juan Mansilla a veces llevaba a su señora cuando iba a la pesca para que hilara lino para componer redes porque se fundían muy pronto”.

*“Memoria y vida del patrón y fiscal que estuvo más años en la iglesia de Llingua”.*

*Encuestador: José Gerardo Molina Mansilla, 27 años.*

*Encuestado: Secundino Oyarzún Mansilla, 102 años.*

*Llingua, 30 de abril de 1977.*

*Manuscrito sin autor, pp. 6, 7, 8.*



[...]“Antes pescaban con alar y una sogá o cabo largo que [se] prendía en un calón de la red, y ahora se usan dos gollas [boyas] o flotadores para que la red en el momento de dar paso no se pierda, porque en veces algunas noches son bastante oscuras.

Cada chalupa con que se pesca lleva cuatro hombres que son el provero, el calonero, el bota red y el patrón. La labor del provero es cuando ya se ha botado la red debe dar paso con su botavara en la proa de la chalupa, el calonero es el encargado de botar el agua que entra en la red y que hacen algunas chalupas, botar y cortar el pescado cuando se llega al puerto de origen.

El bota red, como su nombre, lo indica es el encargado de botar la red en el momento de hacer el lance y de subirla y sacar el pescado conjuntamente con el patrón. Arreglar su red en un remo para sacarlo en el momento de llegar en el puerto de origen.

El patrón es el hombre que manda en la pesca y ayuda a subir la red al bota red.

Se pesca en la misma isla y cuando no hay mucho róbalo se va a pescar a las islas que están vecinas y a la piedra de coltos. Entre las especies que se pescan tenemos: el róbalo, el jurel, la cabrilla, en mayor escala, y cuando dentran toros y perros se dice que la red está maleada o que algún pescador anda con mala yeta.

[...]Cuando se va a otra isla o se amanece pescando y se espera marea, se llevan papas, mate y pan para comer el asado de róbalo.

Pero cuando se juntan dos o tres chalupas pescando en veces no se pesca casi nada porque empiezan a perseguirse y corretearse, como se dice, así para que el otro bote no pesque tranquilo.

También cuando hay tempestades se pesca a lienzas cuando no hay qué echar en la olla o se quiere hacer asado de pescado fresco”.

*“Historia, vida, costumbres, tradiciones, creencias de la isla de Chulín”, ca. 1977.  
Manuscrito sin autor, pp. 11, 12.*



< Muelle en Dalcahue.  
Fotografía: Jorge Marín.

> Mariscadoras en playa Cucao.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.









# Chiloé en el ojo del volcán

RENATO CÁRDENAS

Mayo de 2016. Estábamos escribiendo este artículo cuando ocurre la peor catástrofe ecológica conocida en Chiloé. Aunque sin muertos, golpeó tan fuerte como el terremoto de 1960.

Kilómetros de playa con toneladas de mariscos, jaibas y animales marinos muertos es la imagen más cercana al apocalipsis para un chilote. Aguas viscosas, marea *hueda*,<sup>1</sup> advertían los antiguos. La danza de la Pincoya dando la espalda a los humanos. La transgresión y, con ello, la pérdida de la sacralidad del universo, de las cosas, de las relaciones, en este complejo mundo natural.

Hemos vivido el último medio siglo más complicado de toda la historia de Chiloé. Vertiginosas transformaciones en los modos de producción, de formas de autoconsumo a una industrialización decimonónica, sin control. Con olvidos sociales, imposiciones económicas, colonización etnocultural. Un imperio con nuevas facultades y artimañas para la conquista.

Observamos el recuerdo y puede ser nostalgia, pero no es la pérdida material del territorio la que más nos duele. Más bien es la desintegración como sociedad y como cultura la que nos preocupa.

Esa prístina tela de la vida isleña es la que se ha estado resintiendo. Es débil y su soporte es el entramado de relaciones y prácticas socioculturales cotidianas que, al reemplazarse con otras, al parecer más eficientes, terminan debilitando las formas históricas de vida comunitaria.

La comunidad es la memoria de este pueblo. Si el trabajo asalariado y su compleja filigrana ideológica se insertan en este pueblo, terminarán desintegrándolo. Al mismo tiempo, liquidarán sus territorios y maritorios, matrices biológicas de la vida.

< Palafitos de Castro.  
Fotografía: Claudio Almarza.





En los albores de los años ochenta la industria salmonera se impuso en Chiloé con cierta rapidez, porque ofrecía trabajo en un país inmerso en una fuerte crisis económica. La gente permite la proliferación de estos cultivos y el inicio de la mitilicultura, especialmente de choritos. Nadie los cuestiona porque dan trabajo.

Con el cambio de actividad económica, las dinámicas comunitarias empiezan a debilitarse. Por primera vez los jóvenes ya no trabajan para sus vecinos, sino para una empresa privada, en su propia tierra.

La juventud también abandona los campos porque las granjas de sus padres no le ofrecen prosperidad alguna, especialmente en esta etapa cuando inician la construcción de una familia. Fábricas y cultivos son las casas laborales. La mujer, además, aprovecha de zafarse del alero patriarcal, una dependencia histórica que se evadía solo con el matrimonio. Los hijos, en general, constituían mano de obra gratis para la familia.

En los comienzos del siglo XX los chilotes migraron a las patagonias: el Aysen, Magallanes, Provincia de Santa Cruz, Comodoro Rivadavia... Los que volvieron se integraron a sus comunidades. Solo habían ido a buscar "plata". En los ochenta la industria sacó trabajadores de las comunidades y no los reintegró a ellas; los hizo dependientes del trabajo asalariado y los formó en una mentalidad individualista y de consumidores urbanos.

▲ Lanchas varadas en un pequeño fiordo. Nótese la gran cantidad de boyas de cultivos de choritos (*Mytilus chilensis*) que colman el interior de este canal. La superposición de usos industriales no siempre es compatible con las actividades tradicionales, y comprime a estas últimas hacia los márgenes del paisaje. Fotografía: Pablo Maldonado.





## REACTUALIZACIÓN DE CHILOÉ

Chiloé ha vivido en estas últimas décadas muchas acciones tendientes a “reactualizarlo” en un mundo que se globaliza aceleradamente. La intención es instalarlo en un escenario “moderno” y donde pueda “codearse” con todo el mundo.

Resultan alegóricas dos acciones en esta línea: la erradicación de los palafitos de Castro, a inicios de los ochenta, y la reciente “restauración” de las iglesias de Chiloé.

En ambas situaciones se ha buscado generar una imagen contemporánea de “ciudad”, en un caso sacando el objeto y en el otro “mejorando” la imagen “estética” del mismo.

Treinta años después los palafitos son repuestos como patrimonio indiscutible de la ciudad y “reconstruidos” con el mismo patrón de las iglesias: su “mejoramiento material y estético”.

Iglesias y palafitos han cambiado de contextos y, a la vez, de usuarios.

Los palafitos son hoy todavía residencias de antiguos vecinos pero, cada día más, se convierten en restaurantes y hoteles para turistas, contruidos por arquitectos.

Las iglesias, que desde sus inicios pertenecieron a las comunidades que las construyeron, son hoy casas muy bonitas, reconstruidas por equipos profesionales, apartadas de sus antiguos usuarios, pero muy integradas al turismo de objetos.

Hoy, en muchos casos, se trabaja con la postal de Chiloé. Se han perdido los contextos; se vive un recuerdo emocional de esos contenidos que hoy son diferentes o ya no existen y la pieza se vuelve un objeto simbólico de una cultura y una sociedad que fue.



## DE VUELTA AL CAMPO

Las deplorables condiciones ecológicas, sociales y económicas en que ha quedado Chiloé nos obligan a reflexionar con responsabilidad respecto a lo que ha sucedido y al rumbo a seguir.

Cuando atravesamos un cerco en el campo, al otro lado miramos/buscamos la huella que nos indica el camino que los vecinos han hecho y que marca la dirección apropiada por donde tenemos que seguir caminando. Esa huella es la que tenemos que recuperar para traspasar los cercos de nuestras propias utopías.





▼ Isla Huar.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.

